

EN VISPERAS DE UN CENTENARIO

## Albarrán, el Médico Cubano Cuya Memoria Aún Está Viva en Francia

El espíritu filosófico más sutil y penetrante en dominio de la ciencia, según un discípulo

Por ANGEL AUGIER

Si en París, usted visita el "Grand Palais", en el "Palais de la Découverte", o sea, el museo de los descubrimientos científicos, se emocionará sin duda ante una vitrina en que se exhiben instrumentos, libros y manuscritos de un médico cubano: Joaquín Albarrán.

Si más tarde, en la orilla izquierda del Sena, al doblar en el boulevard Port Royal hacia el Faubourg St. Jacques, se le ocurriera visitar el gran hospital Cochin, encontrará un enorme pabellón, el del servicio de Urología, que ostenta, bien visible, el nombre de Albarrán, y un busto del médico que Sagua la Grande dió a Francia, y cuya memoria aún a varias décadas de su muerte, Francia no se cansa de honrar.

Aún más: allí donde comienza la calle Solferino, en plena Quai d'Orsay que el Sena ilumina, es fácil advertir, en el número 2 bis, una placa que dice: "Aquí vivió el cirujano Joaquín Albarrán 1860-1912, profesor de la Facultad de Medicina". Y se sabe que el Consejo Municipal de París, acordó asignar su nombre a una calle de la capital francesa.

¿Qué ejemplo de talento, voluntad y humanidad impares encarnaría aquél hijo del trópico para imponer su impronta, con caracteres de posteridad, en Francia, allí donde el extranjero no triunfa fácilmente? Sólo personalidades de excepción pueden lograrlo, particularmente en ese círculo cerrado, selecto, tradicional, de la alta Medicina francesa, donde sí funciona aquello de que "son pocos los elegidos".

De Albarrán, tenemos todos los cubanos una idea bastante vaga de que fue un criollo ilustre que honró al país en que nació, sin precisar mucho en los orígenes de su gloria. Pero en pleno ambiente universal de París, cuando se logra constatar los destellos de esa gloria, el orgullo de ser cubano insiste en conocer esos orígenes para mostrar al compatriota en toda su egregia significación, sobre todo a unos pocos meses de la fecha en que Francia y Cuba tendrán que celebrar el centenario del nacimiento de Albarrán.

Un testimonio vivo, directo, de la significación excepcional de Albarrán, la tuvo el periodista del doctor Maurice Chevassú, discípulo del gran cubano y su sucesor en la cátedra de Urología de la Facultad de Medicina de la Universidad de París. Su piso de la Avenida de

Tournelle es un templo consagrado a la devoción ardiente a la memoria de Albarrán. Todos los trabajos científicos del Maestro allí los tiene conservados, como acabados de salir de las prensas, y asombra el número y variedad de esos estudios. Y no hay cosa que se haya escrito sobre Albarrán, en cualquier idioma, que no tenga su sitio en la biblioteca del doctor Chevassú.

Esta figura venerable de la medicina francesa no se cansa de laborar por mantener resplandeciente y activa la gloria de su inolvidable profesor, al igual que cuantos tuvieron oportunidad de caer dentro de su poderoso influjo, pero con un dinamismo y un fervor que no se apaga a más de cuarenta años de la muerte de Albarrán.

Ya se sabe que Albarrán nació en Sagua la Grande, el 9 de marzo de 1860, y que allí hizo las primeras letras. Huérfano desde pequeño, se hizo cargo de su educación su padrino, el médico catalán Joaquín Fábregas quien lo envió al Colegio de Belén a los nueve años a cursar el bachillerato.

Eran aquellos, días difíciles para los cubanos. La guerra de independencia se extendía cada vez más, y en las ciudades la juventud sufría el rigor de los "integristas", que en cada nuevo criollo recelaban un insurrecto, para dar lugar a sucesos tan monstruosos como los de 1871. Muchas familias, alarmadas ante los desmanes de los voluntarios, enviaban a sus vástagos al extranjero. Acompañado de su hermano mayor, Pedro, Albarrán fue enviado a estudiar a Barcelona.

A los 13 años, terminó el Bachillerato, y a los 19, ya había cursado la Licenciatura en Medicina en la Universidad de Barcelona y el doctorado en la de Madrid. La extrema juventud le impedía ejercer aún, y se dispuso que fuera a París, a perfeccionar sus conocimientos antes de su regreso a Cuba.

En París, Albarrán decidió repetir los exámenes de doctorado y se inscribió en la Facultad. Su sed insaciable de saber le condujo a los cursos de histología de Latteux y al laboratorio del Colegio de Francia, donde Ranvier, deslumbrado por su talento, le dió todas las facilidades posibles.

1883 fue un año decisivo para el inquieto joven cubano. Ya había culminado el programa que se había trazado, y la tierra natal le reclamaba imperiosamente. Todo lo tenía dispuesto para regresar a Cuba. Pero

4000000

UNION  
CENTAL  
RIADOR

2  
el profesor Ranvier, convencionales de las condiciones excepcionales del médico criollo, le mostró las grandes perspectivas que podían abrirse en Francia para su carrera científica, y que no encontraría en su lejana Isla, ahrojada al yugo español.

La fe de su maestro en su futuro científico, le decidieron a permanecer en París, y a sólo dos meses del concurso para el internado en los hospitales, preparose para hacerse externo del profesor Richet. Un año después, obtuvo el primer lugar en los concursos para internos de los hospitales de París, entre cuatrocientos aspirantes, y sucesivamente sirvió en la cátedra de los profesores Trélat, Grancher, Le Dentú y Guyón; estudió bacteriología con Pasteur, y fue escogido para integrar una misión científica a España para combatir una epidemia de cólera.

En 1888, Albarrán entró como interno de Guyón, fundador de la Urología, especialidad a la que decidió consagrarse y que iba a enriquecer extraordinariamente, al punto de que al año siguiente publicó su tesis sobre "El Riñón de los urinaros", considerada como un hito importante en la historia de la especialidad.

Al crearse en 1890, la cátedra de Vías Urinarias en la Facultad de Medicina de la Universidad de París, para Guyón, éste lo hizo su jefe de Clínica del hospital Necker, y dos años después, profesor agregado de la Facultad.

Albarrán demostró entonces cómo no se habían equivocado Ranvier ni Guyón cuando mostraron su confianza en su enorme capacidad científica. Era profesor, pero también cirujano de los hospitales, y un investigador incansable que no se daba reposo alguno, para poder recoger el cúmulo de sus experiencias y observaciones. Sus numerosos trabajos en revistas científicas de la época son el mejor testimonio de ello, y sobre todo sus obras consideradas fundamentales, sobre los tumores de la vejiga (1892), de cerca de quinientas páginas; los tumores del riñón (1903), de más de setecientas; y su obra capital sobre exploración de las funciones renales (1905) de más de seiscientas páginas.

Todos sus biógrafos convienen en que en todas las ramas de la Urología, Albarrán arrojó luces insospechadas, pero que además fue un innovador en la práctica de la cirugía y en la solución de problemas técnicos entre ellos el del cateterismo ureteral, que hizo posible gracias a la uñuela que incorporó al citoscopio.

En 1906, por el voto unánime de los miembros de la Facultad de Medicina, fue designado profesor titular de la Cátedra de Enfermedades de Vías Urinarias, por retiro de Guyón. Sólo tenía 46 años. Era asombroso. Le respaldaba su intensa ejecutoria médica, y su exposición de trabajos científicos, con nada menos que 221 estudios (París, Masson et Cie., editeurs, 1906, 327 págs.).

Así, a grandes rasgos, queda expuesta la admirable carrera científica de un médico cubano en París. En 1909, atacado de

2  
ró de la Cátedra, para morir el 17 de enero de 1912, en Archón, en el Mediodía francés, a donde había acudido como buscando el sol que le recordara el de la Isla, de su infancia.

Pero con significar todo ello lo fundamental de su biografía sin embargo, no da idea de aquella poderosa personalidad, que tan honda huella dejó en cuantos le conocieron. En los testimonios de sus compañeros y sus discípulos, la admiración se disputa el primer plano con el cariño. Y es fácil apreciar cómo en esos rasgos del carácter de Albarrán, se manifiestan muchos que son comunes al cubano arquetípico, en sus ángulos positivos, y que en cierto modo definen aptitudes especiales que han hecho posible el desarrollo extraordinario de la Medicina en Cuba y el hallazgo de nuevas técnicas y nuevas teorías, en muchas de sus distintas ramas.

Por ejemplo, se ha atribuido el "role" de innovador de Albarrán en gran parte, a su independencia de criterio, y ya señalaba su compañero Heitz Boyer: "Era digno hijo de Cuba, con la indómita independencia de carácter que le es propio". Su discípulo Pierre Duval cirujano del hospital de Urología, señalaba que su genio latino "resplandecía como el sol brillante de su país tropical".

Otro de sus fervientes discípulos, Cathelin, cirujano jefe de los servicios de Urología, recordaba su nacimiento bajo el cálido clima de los trópicos, y señalaba que "había conservado de su origen", y sin la afectación del alma criolla, un temperamento tan ardiente como el sol que le vio nacer...

Chevenier, de la administración general de Asistencia Pública de París, advertía que "sin olvidar jamás la dulzura del cielo que le vio nacer, ni renegar de su raza, no tenía en cuenta su origen extranjero, sino para exaltar en él los sentimientos de amor y de deberes que cumplir hacia su país de adopción". Por su parte, el mismo Albarrán dejó constancia de su cubanía en unas declaraciones para "El Figaro", de La Habana, en 1890, cuando visitó a Cuba:

"Si los azares de la vida me han hecho adoptar por patria a la gran nación francesa, nunca olvido que soy cubano, y siempre tenderé mi esfuerzo a hacerme digno de la tierra en que nací".

Su colega, el profesor Vidal, expresó: "¡Albarrán! Esas tres sílabas evocan una de las figuras más impresionantes y más extraordinarias que ha conocido nuestra generación. El hombre que se llamaba así, ha asombrado, deslumbrado, fascinado, su fisonomía impresionante reflejaba todos los pensamientos que hervían en su espíritu".

Sería difícil, en un artículo periodístico, reproducir testimonios semejantes de sus colegas y discípulos, pero es imprescindible recordar al fervoroso Cathelin, que consideraba a Albarrán "el espíritu filosófico más sutil y más penetrante que haya conocido, en el dominio de la cirugía... El más grande de todos los cirujanos urinaros en

8000000

MONIO  
ENTAL  
HISTORIADOR  
ABANA

000009

todos los países... El más grande cerebro de nuestro cuerpo profesoral y el modelo a seguir por todos... Fue tan grande por el corazón como por el espíritu... Tenía una vivacidad extraordinaria, de gestos y de pensamiento, que transcendía en la vivacidad de sus ojos... Fue ciertamente el cerebro más lícido, el más claro, el más límpido y el más sintético que jamás he conocido".

En fin, el profesor F. Legueú que ocupó la misma cátedra de Albarrán, y que es autor de una biografía del gran cubano, señalaba que por encima de todo, Albarrán tenía "una inteligencia prodigiosa que relampagueaba a veces con luces de genio y daba a su persona una inefable impresión de valor y autoridad... De ojos ardientes que hablaban antes que los labios... En la conversación, una nerviosidad vibrante y contenida, un contraste permanente de calma y de frenesí... Su pensamiento límpido y tumultuoso encontraba para expresarse una palabra fácil y coloreada, vibrante y sonora..."

Uno de sus biógrafos cubanos recuerda que Albarrán no fue insensible a la lucha de los cubanos por su independencia natal de Sagua la Grande, que después de una lenta agonía a tres años, sus últimos pensamientos fueron para su rincón designado "Hijo Predilecto", y dispuso que su toga y sus medallas de doctor fueran conservados por el Ayuntamiento de su patria chica.

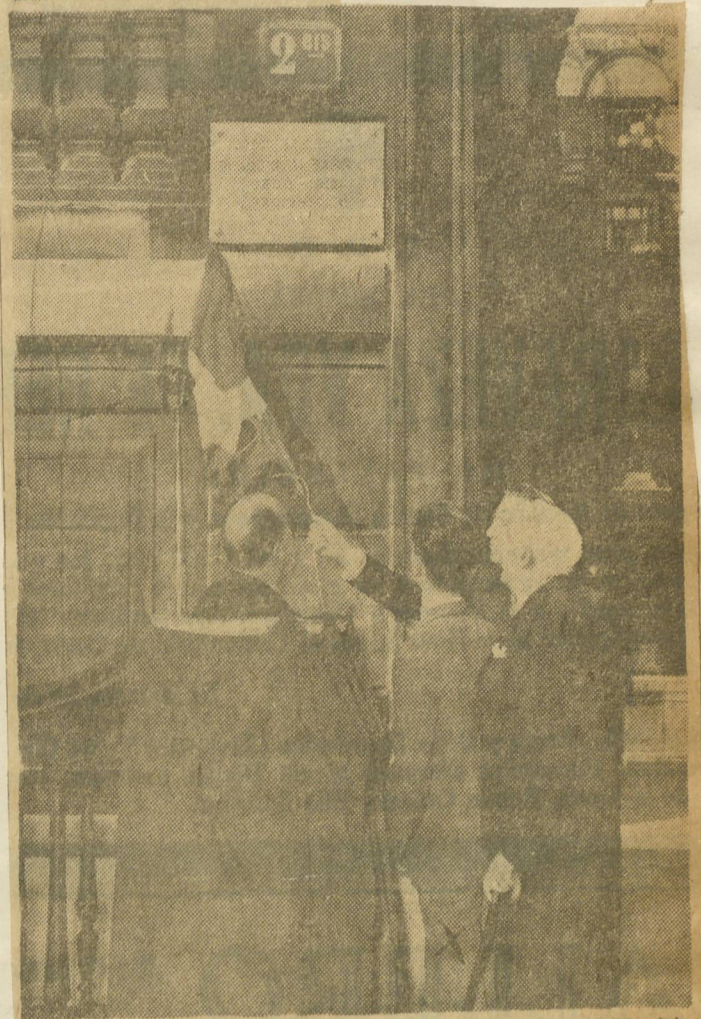
Así devolvió a la tierra de donde salió de niño, los atributos de su luminosa carrera científica, los símbolos de su gloria universal. Era un cubano, un médico cubano, que agradecía a su terruño su larga, azarosa, profunda y óptima obra consagrada al alivio de los sufrimientos de la doliente humanidad, y de cuyo paso por la vida aún resuena el eco: un eco armonioso que difícilmente se extinguirá...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

A  
0000010



(1) El gran médico cubano-francés Joaquín Albarrán. —  
(2) Develamiento de una placa en la casa 2 Bis de la Rue Solferino, en París, donde vivió Albarrán. En la foto el

presidente del Concejo Municipal, doctor Lafay; el nieto de Albarrán, Thierry Gaudin y Albarrán, y el doctor Maurice Chevassú, profesor de la Facultad de Medicina de París.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA